

Los estudios sobre los movimientos sociales: estado de la cuestión¹

Pedro Ibarra

I. Planteamiento

Los estudios sobre movimiento sociales han tenido en los últimos años un espectacular incremento; y ello no sólo en lo que respecta a los trabajos que nos describen concretos movimientos sociales², sino también en lo que hace referencia a cuestiones más teóricas sobre los diversos rasgos que configuran a los movimiento sociales y sobre cómo estos rasgos actúan —e interactúan— en el devenir de los movimientos. Basta observar el cuadro que sigue para comprobar este significativo aumento de estudios³.

1. Los estudios más conocidos del estado de la cuestión en el tema de movimientos sociales son los de Marx y Wood, 1975, D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald, 1988, y F. Neidhart y D. Rucht, 1991. Un riguroso acercamiento, en castellano, a las diversas escuelas analíticas es el de Casquette, 1998; ver también en este sentido Ibarra, 1996.

2. Son cuantiosas el número de obras publicadas sobre los «nuevos» movimientos sociales: pacifismo, feminismo, movimientos por la solidaridad y sobre todo ecologismo. Pero también los «viejos» movimientos, el movimiento obrero por ejemplo, siguen siendo notable fuente de producción académica. Y el volumen de publicaciones se dispara de forma espectacular si incluimos (lo que es perfectamente legítimo) a los movimientos étnicos y nacionalistas en esta categoría de los movimientos sociales.

Aprovechamos esta nota para indicar que nuestro artículo versa sobre el *conjunto* de los movimientos sociales, por lo que, entre otras razones por la fundamental de falta de espacio, no contendrá referencias a análisis de *concretos* movimientos sociales, salvo que esos estudios aporten análisis generales; en este sentido, conviene recordar que muchas de la propuestas generales surgen de concretos estudios sectoriales o aun de muy concretos casos.

3. Sin duda, el cuadro es parcial; no considera revistas científicas, sólo incluye libros en inglés, y bien podría ocurrir que Amazon no tuviese disponibles todos lo libros publicados sobre la materia. Pero en todo caso creemos que los datos sí marcan *una evidente e indiscutible tendencia*.

En España, la tendencia también es creciente, aunque, a pesar de ello, el número de obras *generales teóricas*

CUADRO

Sin embargo, desde un enfoque cualitativo el panorama no es tan positivo. Si tuviésemos que sintetizar cuáles son las tendencias analíticas y perspectivas actuales de los estudios sobre los movimientos sociales y sus correspondientes y derivadas preocupaciones científicas, éstas serían las siguientes: *fragmentación*⁴, *ensimismamiento* y *recurrentes perplejidades conceptuales*. Como se observa, una situación que detallaremos a lo largo de este artículo y que al menos a través de sus definiciones presenta una realidad algo menos optimista.

II. Una nueva fragmentación

1. La etapa inicial: la década de los cincuenta y sesenta

En un primera etapa no constituye una cuestión relevante la existencia de unidad o fragmentación analítica de los movimientos sociales. En estos años, los movimientos son situados en el mundo de las conductas colectivas irracionales, incontroladas; desde esta perspectiva un movimiento social es un respuesta emocional a una tensión o ruptura estructural que no ha podido ser encauzada a través de las correspondientes normas de control social. Y así estas conductas colectivas se sitúan en cierto modo al margen de las estrategias políticas; no están tanto interesadas en la consecución de definidos objetivos políticos y sociales, como en resolver, mediante un inarticulado conjunto de actos a los que a su vez se les otorga (se construye) un cierto sentido salvífico, las «perturbaciones» psicosociales colectivas del grupo en acción⁵.

sobre movimiento sociales sigue siendo escaso. Alrededor de la decena, cuyas referencias específicas señalaremos en su momento. Algunas traducciones de «clásicos» (y no de todos ni de lo más importante de su obra) como Touraine, Offe, Tilly y Tarrow y de los libros colectivos de Dalton y Kucchler y de McAdam, McCarthy y Zald. Y por lo que respecta a la producción nacional de —insistimos— obras generales debe mencionarse el texto de Laraña, el de Casquette, la obra colectiva de Laraña y Gusfield y la de Ibarra y Tejerina.

4. Tendencia que coincide, dicho sea de paso, con lo que ocurre en gran parte de las áreas de nuestra *Ciencia Política*. En cada área y... en la misma *Ciencia Política* considerada en su conjunto, Almond, 1996.

5. Podemos considerar como los autores más representativos de estas tendencias, además de los antecesores de la escuela irracionalista de principios del siglo pasado (Le Bon, 1986, y otros) a Blumer, 1957, Turner y Kilian, 1957, Smelser, 1968, todos ellos ligados a los enfoques psicosociológicos, Kornhauser, 1969, en cuyo conocido enfoque destaca la irracionalidad de las masas, y Gurr, 1970, con su teoría sobre la privación relativa. Conviene recordar que estos enfoques clásicos, pretendidamente superados por las perspectivas más instrumentalistas, han recuperado interés y vigencia desde consideraciones más identitarias de los movimientos. Efectivamente, se considera que los movimientos sociales también son una forma de construir colectivamente un mundo distinto a aquel que, aunque normalizado, se percibe como hostil o indeseable. Los movimientos sociales también son «construcciones terapéuticas».

2. Las opciones analíticas de la década de los setenta y ochenta

Tal como se apunta en la nota anterior, en la etapa inicial los enfoques analíticos no son ciertamente idénticos, pero creemos que la polémica sobre la dimensión unitaria o parcial adquiere más relevancia en el momento en que se opta por una perspectiva «racionalista», instrumental, en el análisis de los movimientos sociales. La teoría de movilización de recursos (Resource Mobilization Theory, RMT) implantada a partir de la década de los setenta establece que los movimientos sociales expresan conductas colectivas perfectamente racionales, con objetivos políticos y sociales muy precisos y con estrategias de movilización, de adquisición de recursos (humanos, organizativos, materiales, tácticos, etc.) deliberadamente adecuados a esos objetivos. Este nuevo enfoque propugnaba la existencia de delimitadas y previsibles cadenas causales, de un tejido no demasiado espeso y por ello científicamente determinable de motivaciones, efectos, influencias contextuales, ciclos, etc., por el que seguir y comprender el nacimiento, vida y desaparición de un movimiento social. Y a partir de esta afirmación lógico-instrumental de los movimientos, se hacía posible un acercamiento unitario. Un acercamiento omni-compreensivo, que asumiese la existencia de un conjunto de variables; y que, al derivarse estas variables tanto de crisis estructurales predecibles, motivaciones definidas y contextos cuantificables, fuese posible establecer leyes y previsiones de conducta colectiva.

Sin embargo, aun cuando, como acabamos de indicar, con la RMT nace la posibilidad de la unidad analítica, los estudios de movilización de recursos toman partido. Eligen una dimensión del proceso. Lo relevante, se nos reitera desde esta teoría, es *cómo el movimiento se organiza*. Organiza a sus gentes y organiza a su entorno para obtener, en sus reivindicaciones dirigidas a las autoridades políticas (y dentro del sistema político) los intereses colectivos que representa. La RMT margina en este sentido tanto la relevancia de las causas del surgimiento del movimiento como la dimensión identitaria del mismo; sobre cómo el movimiento es también una forma colectiva y alternativa de definir y proponer el mundo.

Conectada con esta perspectiva se extiende a partir de los ochenta el enfoque del proceso político en general y el de la estructura de oportunidad política (Political Opportunity Structure, POS) en particular. El Estado entra en escena. Pero, y la precisión debe ser recordada por lo que luego veremos, el Estado aparece casi exclusivamente como conformador de la estrategia de los movimientos. En la relación interactiva entre movimientos y poder político, lo que se destaca desde este ángulo analítico no es lo que el poder político decide o cómo organiza su proceso decisorio a partir de la acción de los movimientos, sino cómo los movimientos ajustan y reajustan sus recursos y estrategias movilizadoras y discursivas a partir del contexto político; de la apertura o cierre del sistema político o de las relaciones entre la élites políticas, o de cuáles son los posibles aliados políticos del movimiento, etc.

La opción analítica del RMT es contestada por el enfoque de los Nuevos Movimientos

Sociales (NMS). Ahora lo relevante no es tanto los procesos organizativos y los contextos políticos, sino la causalidad de origen (¿por qué surgen los movimientos sociales?) y la construcción identitaria. Ahora lo que es destacado es cómo determinadas crisis estructurales (sobre todo de índole cultural) hacen surgir los movimientos y cómo éstos tratan de distinguirse del mundo circundante creando su propia identidad colectiva, siendo distintos y propugnando una realidad distinta. Si la RMT da por supuesto que los movimientos sociales son *otra* forma normalizada de comportamiento político, el enfoque de lo nuevos movimientos, entiende que los mismos son una forma distinta, *una* forma alternativa de conducta colectiva política.

Con este enfoque conectan la perspectivas más discursivas. Desde ellas, y especialmente desde los acercamientos del *frame analysis*, se trata de observar cómo el movimiento construye su particular y polémica visión del mundo y cómo con ese discurso asienta su identidad y moviliza a su entorno, a sus simpatizantes.

A finales de los ochenta el panorama se presentaba francamente dividido entre —podríamos así llamarlos— instrumentalistas y culturalistas; entre los que acentuaban cómo se organizaban los movimientos y los que resaltaban el por qué se organizaban⁶. Y también a finales de los ochenta se inicia un proceso de confluencia.

3. La confluencia de finales de los ochenta

En el cambio de década entre los últimos ochenta y primeros noventa, puede hablarse de una convergencia, de un proceso confluyente y, aun extremando la expresión, unitario en el los análisis de lo movimientos; en tales años se intenta acabar con los enfoques limitados y se diseña un modelo articulado en el que se asumen, establecen, jerarquizan y adjudican a específicos procesos causales interrelacionándolos entre sí, diversos —anteriormente formulados como excluyentes— prismas analíticos.

6. Puede decirse que la RMT es decididamente norteamericana, que triunfó académicamente durante los ochenta y que sus autores más importantes son McCarthy y Zald (su texto más conocido es McCarthy y Zald, 1987). Sin embargo también hay que indicar que algunos de los autores norteamericanos más prominentes —Tilly, McAdam, Tarrow, Gamson, Snow— optaron siempre por una línea menos funcional, más culturalista europea, y también más «macro» frente a los minuciosos pero limitados trabajos de sus colegas norteamericanos; y finalmente fueron los que lideraron las propuestas más integradoras. Ver, además de otros textos que se citan de este conjunto de autores, Tilly, 1978, McAdam, 1982, Gamson, 1992, Tarrow, 1997. Por lo que se refiere al enfoque del proceso y la estructura de oportunidad política, además de los citados norteamericanos Tilly, 1978, Tarrow, 1991, y Kitschelt, 1986, y McAdam, 1998, esta tendencia se desarrolla especialmente en Europa (Kriesi, 1992, D. Della Porta, D. Rucht, 1995, Rootes, 1997).

Los «europeos» más conocidos de la escuela de los *nuevos movimientos sociales* son Habermas, 1987, Touraine, 1984, Offe, 1988, Melucci, 1988, 1996, Ingelhart, 1991; ver también la obra colectiva de Dalton y Kuechler, 1992, y el texto de Reichman, 1991. Sobre el tema identidad/cultura de los movimientos ver Máiz, 1995, Pérez Ledesma, 1997, Tejerina, 1998. Los autores más importantes en *Frame Analysis* son, paradójicamente, norteamericanos; Goffman, 1974, como precursor y especialmente el grupo de Snow: Snow y Benford, 1992, Hunt, Benford y Snow, 1994; ver también Eder, 1996.

Este proceso tiene quizás su expresión más visible la aparición de una publicación anual a partir de 1988. La *International Social Movements Research*⁷, en la que tanto mediante la reflexión teórica como a través de estudios de caso, se pretende poner de manifiesto la pertinencia de incluir *todas las variables*, todos los acercamientos en los estudios de los movimientos sociales. Cómo, por ejemplo, determinadas crisis estructurales prefiguran determinadas selecciones de recursos; o cómo las formas organizativas están influidas por la conciencia colectiva del grupo; o cómo el contexto político marca la normalidad o la diferencia de los ideales y de las prácticas cotidianas de los movimientos; o cómo, en fin, hay tener *siempre* en cuenta tanto los intereses del grupo como su identidad colectiva⁸.

4. La fragmentación actual

Sin embargo, a lo largo de la última década del siglo pasado, a lo largo de los años noventa, parece que tales esfuerzos unitarios se desvanecen⁹; parece que nuevamente dominan los estudios parciales, o más exactamente los específicos enfoques sobre los movimientos sociales.

Las razones de tal proceso de limitación son ciertamente distintas aquellas que orientaban los estudios de los movimientos sociales en la década en los años setentas y gran parte de los ochenta. En aquellos años, como vimos, existían posiciones tomadas (en algunos casos, anclajes ideológicos) en las opciones analíticas. Un conjunto de estudiosos optaban por el marco analítico cultural-identitario de los movimientos; para éstos un movimiento social era prioritariamente una forma de acción colectiva comprometida en lograr una propia y alternativa manera de estar y de ver el mundo. Y este conjunto de autores rechazaba o al menos ignoraba acercamientos analíticos de otros; en concreto los de aquellos que resaltaban la dimensión *instrumental* de los movimientos, que consideraban

7. La publicación, editada por S. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow, tuvo cuatro años de vida y el artículo inicial del primer volumen (B. Klandermans y S. Tarrow, 1988) podría considerarse como la propuesta inaugural integradora. También un buen ejemplo de este enfoque unitario es un artículo de Neidhart y Rucht, 1992.

8. En la perspectiva integradora tienen especial relevancia los estudios sobre redes. Efectivamente desde este enfoque se observa que los movimientos no se nutren tanto de individuos aislados que tratan de satisfacer sus intereses incorporándose a un movimiento, sino de preexistentes redes de personas, de grupos más o menos informales experimentados en prácticas solidarias, identitarias. El estudio pionero en esta cuestión es el de McAdam, 1988, aunque el autor actual más importante en estos estudios es Diani (entre otras aportaciones, ver Diani, 1992). También deben señalarse en esta línea los trabajos que tratan de *ensamblar* los enfoques discursivos del *frame analysis* con los de la estructura de oportunidad política (Gamson y Meyer, 1999, Diani, 1996); estos estudios lo que nos hacen ver es tanto cómo el movimiento alinea su discurso a determinados rasgos del contexto político, y cómo también esos mismos rasgos se adaptan al discurso de los movimientos.

9. McAdam, Tarrow y Tilly, 1996: 26, destacan cómo al espectacular crecimiento cuantitativo de los últimos años en trabajos sobre movimientos sociales le ha correspondido un también creciente fraccionamiento analítico.

que lo realmente importante en éstos era cómo se organizaban (cómo recaudaban fondos, y militantes, y se aliaban con otros grupos) para lograr sus propósitos. Había en este sentido un cierta voluntad de exclusivizar una determinada mirada.

Sin embargo, en los últimos años, la ruptura epistemológica deviene no tanto de posiciones «ideológicas», sino sobre todo de la existencia de dificultades —supuestamente objetivas— para abrazar una opción analítica integradora.

La dispersión analítica tiene otras causas. Ya no obedece tanto al consciente y deliberado rechazo de los enfoques unitarios. Así, por ejemplo, ningún estudioso de los movimientos sociales que opera con el marco analítico de la RMT y que por tanto está especialmente interesado en describir el movimiento a través de su utilización de diversos instrumentos/recursos, negaría que también resulta necesario —imprescindible— para conocer los movimientos, el acercamiento identitario y sus acercamientos metodológicos más relevantes, como por ejemplo el *frame analysis*. Ni por supuesto, desde el otro lado, ninguna perspectiva identitaria negaría la inexcusable importancia de tener también en cuenta la dimensión más instrumental.

Lo que hoy ocurre es que aunque se asuma teóricamente esa necesidad multianalítica, esa exigencia de multiplicidad de enfoques, su *práctica* resulta extraordinariamente compleja. Una cosa es afirmar que para estudiar un movimiento, para saber por qué le pasa lo que le pasa, es necesario tener en cuenta e *interrelacionar* todas las variables analíticas y otra muy distinta es aplicar esa voluntad globalizadora a concretos estudios de concretos movimientos o procesos de movilización social, habida cuenta que las variables son muchas y además, en muchas ocasiones, de muy difícil operacionalización.

La gran mayoría de los trabajos sobre movimientos sociales optan por un determinado prisma¹⁰. Y también casi todos ellos suelen advertir que dificultades «objetivas» les impide introducir y relacionar las demás variables. Con lo que al final no sólo la descripción de un movimiento, de su proceso causal y previsible trayectoria, resulta incompleta, sino que además puede resultar equivocada. Si los otros factores que se obvian influyen decisivamente en su conducta, parece muy probable que se logre un resultado... fallido.

Así debemos concluir que si en anteriores tiempos la limitación, la parcialidad analítica, era consciente y deseada, hoy la misma constituye un condicionante objetivo, no fácil de salvar.

10. Sería difícil de cuantificar cuáles son las tendencias dominantes en los distintos países y publicaciones. Algunos ejemplos. En USA se mantiene la tradición de la RMT sobre todo a través de los estudios sobre recursos organizativos. En la revista *Mobilization*, la publicación internacional de más prestigio sobre movimientos sociales y que en cierto modo trata de recoger la tradición de la *International Social Movements Research*, aun tratando de «forzar» la amplitud analítica, predominan sin embargo los estudios de casos orientados con la perspectiva de la POS (y también las referencias empíricas sobre redes). Por el contrario en la producción española, tanto individual como colectiva y *en lo que se refiere a obras de conjunto*, parecería que el prisma dominante es el identitario; que la tradición fuerte es la proveniente de los NMS. Ver en este sentido Casquette, *op. cit.*, Laraña y Gusfield, 1994, Ibarra y Tejerina, 1998, Laraña, 1999.

5. Algunas propuestas integradoras

Sin embargo, el camino está trazado. Una y otra vez los autores ya «clásicos» en esta disciplina nos recuerdan qué es lo que debe ser estudiado y cómo debe ser estudiado en cada caso. Nos recuerdan la necesidad de organizar un «mapa»¹¹ de los movimientos; diferenciándolos de otras formas de acción colectiva; indicando por qué determinados conflictos generan movimientos sociales y otros no; señalando motivaciones y redes de reclutamiento, repertorios de acción, ciclos (cómo nacen, se desarrollan y a veces mueren); estableciendo cómo las gentes de los movimientos se mueven por intereses pero también lo hacen en la medida que comparten una identidad colectiva, en cuanto que definen la realidad (discurso) de forma propia, «diferente»; definiendo cómo se relacionan con las instituciones y contextos políticos (al que dirigen sus demandas), cómo interfieren en las mismas y cómo son conformados por ellas; y finalmente constatando en qué medida el movimiento ha logrado sus objetivos.

Y además, nos señalan estos autores, debemos establecer cómo interactúan entre sí todas las variables. Es decir, no se trata sólo de describir todas las causalidades, sino de ver cómo interfieren unas sobre otras. Cómo, por ejemplo, un determinado contexto político posibilita el nacimiento de un movimiento; o (y) cómo un determinado tipo de redes disponibles generan un determinado tipo de acciones públicas; o (y) cómo un contexto cultural/discursivo favorable impulsa el logro de las reivindicaciones materiales. Y así sucesivamente.

Y si así lo hacemos, podremos con todas estas aportaciones, debidamente articuladas e interrelacionadas entre sí, establecer un modelo general, una previsión sobre las leyes que rigen a los movimientos sociales.

Éstos son los retos. No imposibles, pero sí difíciles de alcanzar. Y, sugerimos, parecería que la forma *posible* de ir cumplimentándolos, debería ser —de hecho está ya siendo— progresiva. Por un lado se trata de *incrementar* el número de variables y sus correspondientes interrelaciones; se trata de tener en cuenta al menos *más de un* conjunto de causas a la hora de analizar una parte (también sería deseable más de una) de la vida —nacimiento, consolidación, mantenimiento, éxito, fracaso, etc.— del movimiento¹². Y por otro lado limitar la dimensión del objeto de estudio. Parece imposible

11. La expresión *to map* es la que da título al artículo de McAdam, Tilly y Tarrow de 1996 antes citado donde se marcan los objetivos analíticos a cubrir, que en su mayor parte nos sirven de guía para la propuesta que sigue después de esta nota. Desde esta perspectiva propositiva integradora, ver también McAdam, McCarthy y Zald, 1999, Klandermans, 1997, Diani y Della Porta, 1997, y Lofland, 1997. Este último trabajo es especialmente útil; efectivamente, en el mismo se propone una metodología «práctica» de cómo acumular e integrar articuladamente distintos hallazgos empíricos en distintas variables analíticas.

12. Ésta es la tendencia que, como se indicó, se trata de impulsar desde la revista *Mobilization*. Dos ejemplos recientes. Como confluyen en el nacimiento de un movimiento tanto las redes de experiencia colectiva solidaria disponibles, como una favorable estructura de oportunidad política, como la quiebra cultural, la ruptura o amenaza de ruptura de la rutina cotidiana de las gentes impulsoras del movimiento (Snow, Cress, Downey

introducir todos los enfoques analíticos en, por ejemplo, el estudio del movimiento ecologista en España; y parece no imposible pero sí bastante poco significativo estudiar una esporádica movilización de un grupo de vecinos que quieren que el Ayuntamiento les ponga unos árboles en la calle. Pero sí es relevante y además posible llevar a cabo estudios de *nivel medio*, estudios de campañas estables o de grupos locales importantes¹³. Y a través de esto propugnar si no leyes, sí algunas hipótesis de trabajo.

III. *Ensimismamiento*

1. Introducción

El segundo rasgo de los estudios sobre los movimientos sociales podríamos definirlo como el de ensimismamiento, como el de un cierto *desequilibrio hacia la dimensión interior*.

El estudio de los movimientos sociales, como el de cualquier otro fenómeno de acción colectiva, presenta dos grandes dimensiones, dos grandes miradas. En la primera, la mirada se sitúa *dentro* del movimiento y observa tanto al propio movimiento, como al mundo exterior desde el movimiento, o dicho de forma más precisa, al mundo exterior como conformador del movimiento. Es una mirada que se interroga sobre por qué nace el movimiento, de quién se nutre, a quién convence, qué dice (y por qué lo dice), qué hace (y por qué lo hace), cómo busca amigos (y se crea enemigos); y cómo los diversos contextos exteriores —el cultural, el político— influyen o modifican o determinan su conducta.

En la segunda, la mirada se sitúa *fuera* del movimiento; *se le observa desde sus consecuencias*, desde sus resultados. Se trata de ver ahora cómo ese contexto cultural o político *ha sido influido, o modificado, o está determinado por el movimiento*. Así en el área política, el punto de vista analítico se situaría en el sistema político, en sus estructuras, en sus instituciones, en sus procedimientos decisorios, en su cultura política, en sus partidos políticos. Y desde ahí se trataría de responder en qué medida ese sistema, o algunas de esas partes del sistema, han sido transformadas o reformadas o han permanecido inalteradas por la acción de los movimientos.

y Jones, 1998). O como en un determinado conflicto se interrelacionan e influyen mutuamente un conjunto de actores colectivos (y no sólo los movimientos en sentido estricto) con los tipos de protesta y con los discursos identitarios (Koopmans y Statham, 1999).

13. Ver en esta línea De la Porta y Rucht, 2000; también en perspectiva más limitada, Ibarra, Barcena y Zubiaga, 1998.

2. Una situación paradójica

Sin duda los análisis internos son los predominantes en nuestra área de conocimiento. Podemos afirmar que todas las referencias bibliográficas que hemos hecho hasta el momento tratan sobre esas dimensiones internas. Y en consecuencia se puede asimismo afirmar que la segunda perspectiva —la de las consecuencias o resultados— está hoy sensiblemente descuidada.

Lo cual constituye, al menos a primera vista, una sorprendente paradoja. Porque resulta que los movimientos sociales son conjuntos de personas que nacen y se organizan para conseguir cosas, para conseguir que cambien patrones culturales y muy especialmente para que diversos poderes y élites tomen decisiones a su favor, *hagan caso a sus reclamaciones*¹⁴. Y los estudios sobre movimientos sociales nada —o casi nada—¹⁵ nos dicen acerca de si los movimientos logran (o no) y por qué (o por qué no) esas o parecidas reivindicaciones.

Paradoja general, y muy especial para las pretensiones científicas de la politología. Se supone que la Ciencia Política no se interesa tanto en la acción colectiva (y en los movimientos sociales como una de las formas de acción colectiva) por sí misma sino en cuanto que ésta se inserta en el proceso político y genera mayores (o menores o nulos) impactos en el mismo (o sobre el mismo). Dicho de otra forma, la Ciencia Política se interesa o debería interesarse por los movimientos sociales en cuanto que éstos son —en alguna medida— un elemento conformador de la *governance*. Si ésta nos describe las estructuras, reglas, de hecho o de derecho, de un particular sistema político, emergentes y procedentes de una relación interactiva entre distintos actores y a través de las cuales ese mismo conjunto de actores toma decisiones de acuerdo con sus objetivos e intereses¹⁶, es evidente que uno de esos actores es o puede ser uno o varios movimientos sociales. Y si descendemos un poco más todavía, y nos fijamos en las políticas públicas y cómo las mismas se configuran a partir de la *policy networks* existentes, observaremos que también de alguna manera o con alguna función se hallan en la red los

14. Esta afirmación no invalida la dimensión identitaria colectiva de los movimientos. Los movimientos sociales se distinguen de los grupos de interés en que sus miembros comparten una específica cultura, construyen una determinada visión del mundo. Pero no hay que exagerar. Los movimientos sociales no nacen para construir una identidad; nacen porque quieren lograr determinados objetivos, obtener ciertos intereses colectivos. Y en la lucha —en el proceso— para lograrlos construyen esa identidad. Por tanto podríamos decir que la existencia tanto de intereses en pugna, como la presencia de otros actores a los que se reclaman esos intereses, son condiciones necesarias (aunque no suficientes) para afirmar que existe un movimiento social.

15. Sin duda algunos y excelentes trabajos sí se han producido en esta área; pero en su inmensa mayoría son propuestas analíticas, es decir versan sobre qué es lo que tendríamos que tener en cuenta a la hora de considerar los resultados, más que cuáles han sido los concretos resultados obtenidos. Ver Gamson, 1990; Kriesi, 1992; Kriesi, Koopmans, Duyvendak, *et al.*, 1995; Rucht, 1992; Sztompka, 1995; Giugni, McAdam y Tilly, 1999.

16. Kooiman, 1993: 258-259.

movimientos sociales y por tanto también son un nudo más de esa red determinante de las correspondientes políticas públicas ¹⁷.

Y estos análisis, esta mirada desde lo político, brilla por su ausencia. Insuficiencia que también debe ser considerada desde el prisma sociológico. Porque aun centrándose en resaltar las variables sociales del movimiento, los enfoques sociológicos relevantes asumen como incontestable que todos los movimientos sociales pretenden interferir —cambiar o mantener o anular— determinadas decisiones políticas. Y tampoco la sociología de los movimientos sociales estudia con excesivo interés los efectos de los movimientos sobre el sistema político. Lo que nos lleva a considerar que quizás los sociólogos deberían prestar mayor atención a los asuntos políticos, pero que, sin duda alguna, los politólogos dedicamos, en esta área, escasa atención a *nuestros propios asuntos*.

3. Una cuestión metodológica

Esta llamativa insuficiencia analítica creemos obedece sobre todo a una seria dificultad metodológica. Efectivamente no resulta del todo complicado cuantificar de forma más o menos aproximada y mediante los correspondientes informes gubernativos o artículos de prensa cuántas personas puede movilizar un (valga la redundancia) movimiento social; y podemos saber, a través de los correspondientes documentos, cuáles son las reivindicaciones de un movimiento y cómo define el mundo circundante; y también podemos averiguar, con las entrevistas correspondientes, el perfil de los militantes del movimiento y por qué están en el grupo y dónde estaban antes y cómo su actividad/red anterior determinó su entrada en el grupo. Pero resulta mucho más difícil saber por qué un Gobierno cambió una ley; si lo hizo porque técnicamente era una ley obsoleta, o porque lo reclamaba la opinión pública, o porque hubo un movimiento social que en la práctica le «obligó» a hacerlo, o porque el gobierno en cuestión era extremadamente sabio y bondadoso y por tanto él ya sabía que era justo y bueno cambiar esa ley. Normalmente lo único que suele estar claro en este panorama es la falsedad de la última hipótesis. Y por otro lado resulta casi imposible comprobar cuál es la verdadera, porque la fundamental —sino la única fuente de información— que puede decirnos qué es lo que ha ocurrido (qué es lo que realmente ha producido el cambio) es el propio Gobierno, que, como acabamos de señalar, tiende a dar la versión de «su gran sabiduría y misericordia»; o sea la falsa.

17. Existen abundantes trabajos sobre las características de estas redes decisorias y cómo se configuran las mismas según la mayor o menor presencia o actividad de los grupos de interés públicos (Jordan y Schubert, 1992; Jordana, 1995; Van Warden, 1992), pero son escasas las descripciones concretas sobre los efectos de los movimientos sociales (y especialmente de los denominados como nuevos) en las diversas fases de las políticas públicas y su interrelación con otros actores. Ver en todo caso Della Porta y Diani, 1997, y Kriesi, Koopmans, Duyvendak *et al.*, 1995.

La cuestión se complica aún más porque los resultados de la acción de los movimientos no son siempre los específicamente buscados por los propios movimientos. Puede haber resultados materiales directamente ligados a la reclamación, que al margen de la discursos de las Autoridades políticas, pueden ligarse, sin demasiado margen de error, a las acciones de los movimientos. Pero pensemos en cambios en los procedimientos de toma de decisiones, o cambios en los programas de un determinado partido político, o cambios en la cultura política de importantes sectores de la población. Imaginemos que todos ellos surgen después de una intensa actividad de un movimiento social; sin embargo ese movimiento no había solicitado expresamente esos cambios ¿son los mismos adscribibles al movimiento? ¹⁸, ¿qué otros factores pueden haber influido?, ¿cómo probar esas causalidades?

4. Los retos

Éstas son preguntas complejas de resolver. Pero también creemos que como en el caso anterior es deseable, y además posible, avanzar algunas respuestas, siempre que *autolimitemos* nuestras pretensiones. Por ejemplo parece tarea empíricamente posible (de hecho es posible) el determinar cuál ha sido el papel de un movimiento social concreto (nulo, influyente, confluyente, determinante) en cada fase de una política pública concreta ¹⁹; es posible determinar hasta qué punto en la construcción de la agenda, la actividad de ese movimiento ha sido clave; y cuál ha sido la relevancia que ha tenido el movimiento en la implementación de esa política; y se pueden proponer hipótesis bastante razonables sobre lo que realmente ha supuesto en la concreta resolución del proceso, la específica demanda del movimiento.

Por otro lado se pueden acumular a estas propuestas las ya más elaboradas herramientas analíticas existentes. Por ejemplo ver cómo los cambios en la estructura de oportunidad política han permitido (o ampliado o disminuido) esta presencia más o menos operativa del actor movimiento en la red y en las fases del proceso decisorio. Y acumulando parecidos estudios de caso, también se pueden arriesgar hipótesis sobre consecuencias más generales en normas procedimentales, o en la cultura política, etc.

Desde esta perspectiva más limitada también es, por ejemplo, perfectamente posible

18. Obsérvese que de forma deliberada no hemos usado la expresión de éxito o fracaso. Son estas dimensiones muy subjetivas; pertenecen a la cultura del movimiento, y pueden coincidir —o no— con los resultados aparentemente adjudicables a su actividad. Un sencillo ejemplo. La reciente abolición de la conscripción en España tiene directa relación con el activismo del movimiento social antimilitarista, pero también parece cierto que precisamente la desaparición de la «milí» ha supuesto el debilitamiento del movimiento y el alejamiento de sus reivindicaciones más profundas.

19. Dos ejemplos de dos excelentes trabajos en esta línea. Casey, 1998, sobre la legislación de extranjería. Y Ajanguiz, 2000, sobre la abolición del servicio militar.

determinar las relaciones entre un partido político y un movimiento social, y operando sobre todo con la metodología del análisis de discurso. Relaciones orgánicas y especialmente relaciones ideológicas. Hasta qué punto y en qué medida un partido absorbe (o reproduce o mixtifica) el discurso de un movimiento social.

Creemos que son propuestas de trabajo realistas, y además absolutamente necesarias para nuestra disciplina de Ciencia Política.

IV. *Nuevas y viejas perplejidades conceptuales*

1. Planteamiento

Parece oportuno acabar esta reflexión haciendo algunas consideraciones sobre algún debate conceptual acerca de los movimientos sociales. Si desde la perspectiva del marco analítico lo que nos preocupa es entender por qué y cómo surge y sobrevive y logra resultados un movimiento social y nos interesa tener en cuenta todos los enfoques posibles para lograr una verdadera comprensión, ahora la pregunta que nos tenemos que contestar es, aparentemente, más sencilla. Tendríamos que resolver (en este artículo tendríamos que indicar por qué vías se está resolviendo) el tema conceptual. Realmente..., *¿qué es un movimiento social?*

Parece que lo adecuado hubiese sido estudiar primero el debate sobre esta cuestión. Parece que en primer lugar debemos acotar el objeto de nuestro estudio y luego introducirnos en su análisis. Pero tal división es más formal que real. De hecho, en muchas ocasiones los movimientos sociales son definidos a *partir de preexistentes opciones culturales con consecuencias analíticas*. Se definen los movimientos sociales como comunidades identitarias, porque previamente se ha considerado como lo relevante y como lo que debe ser potenciado esa identidad colectiva diferenciada y alternativa. Y se definen los movimientos sociales como organizaciones que usan racionalmente (y razonablemente) todo tipo de recursos para lograr beneficios de las Instituciones políticas, porque previamente se ha considerado como lo importante y como lo deseable esa dimensión funcional, instrumental, «normalizada» de los movimientos.

Por eso no resulta demasiado heterodoxo ver ahora estos aspectos definitorios. Y por otro lado los mismos nos permiten salir de las consideraciones demasiado abstractas y hacer alguna reflexión (y en lo posible, propuesta) más concreta.

Como no podía ser de otra forma la definición de un concepto es sobre todo el establecimiento de sus límites. En este sentido los debates académicos sobre el concepto de movimiento social son sobre todo debates sobre fronteras con otras formas de acción colectiva²⁰, y en estos debates los criterios de inclusión y exclusión han ido variando

20. Sobre clasificaciones de diversas formas de acción colectiva ver Sztompa, 1995, y Melucci, 1996. Para diferencias entre movimientos sociales y grupos de interés ver Letamendía e Ibarra, 1999.

lo largo del tiempo; veremos primero los debates ya prácticamente resueltos y a continuación los hoy emergentes.

2. Viejos debates

Uno de los más conocidos es el que se formuló entre nuevos y viejos movimientos sociales. Y podríamos decir que el factor en juego —el límite— era el de la autenticidad. Los nuevos movimientos sociales (ecologismo, pacifismo, etc.) eran los verdaderos movimientos porque en su seno se daba la autenticidad; y había autenticidad porque se compartían valores, creencias, decisiones, acción. Porque estaban fuera del sistema y se vivían como diferentes del mismo. Por el contrario los viejos movimientos sociales (el obrero por ejemplo) habían dejado de ser movimientos sociales, en cuanto —se nos decía— habían perdido esa autenticidad; se habían burocratizado, jerarquizado y sólo actuaban para incrementar los intereses materiales de sus afiliados.

El debate parece hoy superado. Los nuevos movimientos sociales —ecologismo, feminismo, pacifismo— que surgen en Europa occidental durante los setenta presentan algunos rasgos en su nacimiento que suelen ser habituales en los orígenes de *prácticamente todos* los movimientos sociales. Los nuevos movimientos sociales son una fase en la evolución de los movimientos sociales. Casi todos los movimientos sociales, analizados en su ciclo total, *en su evolución completa* —desde el obrero al de los derechos humanos, pasando por el ecologista—, presentan en la fase normalmente de formación y despliegue del movimiento/comunidad *síntomas de alternatividad*. Tanto en el contenido de las reivindicaciones como en la forma de plantearlas y vivirlas; síntomas de que el movimiento está en un momento de intensa construcción y afirmación de su identidad colectiva.

Pero mucha parte del ciclo vital de un movimiento no está caracterizada por la expresión de esas expresiones de alternatividad, sino por la priorización de tareas rutinarias y burocráticas en la búsqueda de resultados tangibles. Y en esa coyuntura, en esos momentos, el movimiento también es movimiento social, en la medida que persistan tanto algunas prácticas informales y participativas como una cierta identidad colectiva (aunque sea de baja densidad).

El otro viejo debate hace referencia a uno de los grandes movimientos sociales; el nacionalista. Aunque académicamente no se niega su estatus como movimiento social, en ocasiones sus objetivos y estrategias plantean algunas dudas conceptuales. Efectivamente los movimientos nacionalistas, al menos en determinadas coyunturas de su ciclo histórico, buscan ejercer el poder político, y parecería que un movimiento social pretende confrontarse (o cooperar) con el poder político, pero no ser él.

La cuestión afecta a la caracterización de partidos o movimientos políticos surgidos de movimientos sociales (partidos nacionalistas pero también, por ejemplo, ecologistas) y puede ser resuelta si utilizamos una concepción reticular, familiar, de los movimientos

sociales. Aquella que afirma que un movimiento social es una familia de movimientos o, más precisamente, un movimiento/comunidad. El movimiento *viene así definido por los lazos* que unen —y al mismo tiempo comparten— un conjunto de individuos, grupos, movimientos locales o limitados a una sola reivindicación y aun partidos políticos ligados —por razones instrumentales— a la red; los que participan en esa comunidad/movimiento se sienten más identificados con la cultura, la cosmovisión y los objetivos generales de la red, del conjunto del movimiento que con el concreto grupo del movimiento en el que desarrollan habitualmente su activismo. El individuo se reconoce más involucrado (aunque en militancia cuantitativa no lo esté) en la comunidad/movimiento, en esa red informal sobre la que se yergue la identidad colectiva del conjunto (y del que se nutre culturalmente cada grupo concreto), que en su específica organización. Y en el caso que nos ocupa se siente más identificado con la cultura social de contrapoder que con la eventual práctica de ejercicio del mismo. Ello supone una cierta esquizofrenia política, no infrecuente por otro lado en algunos movimientos nacionalistas ²¹.

3. Los debates emergentes

El debate hoy recurrente es el de *la institucionalización*, el de cómo los movimientos sociales cada vez se parecen más a los grupos de interés. Los movimientos —se dice— se han institucionalizado, se «han plegado» a las exigencias culturales, normativas y políticas del Sistema; se han convertido, volviéndose así al supuestamente superado debate, en viejos movimientos; y por eso ya no son movimientos.

Frente a esta posición cabe volver a reiterar lo que antes dijimos al criticar esa falsa dicotomía entre nuevos y viejos movimientos. Pero además hay que considerar que el concepto de institucionalización es bastante ambiguo y no debe ser confundido sin más con un cierto y creciente pragmatismo en los movimientos sociales.

La institucionalización comporta diferentes procesos ²². Uno define la rutinización de la acción colectiva por el cual se eligen de forma casi automática unas rutinas de acción ya «culturalmente» establecidas. Pero ya establecidas no quiere decir moderadas, convencionales. En este sentido la profesionalización e institucionalización que sin duda caracterizan hoy a muchos grupos no ha supuesto un equivalente desradicalización de sus protestas.

Asimismo institucionalización quiere decir inclusión, y quiere decir que quien usa

21. La crítica a la división entre nuevos y viejos movimiento tiene ya una suficiente literatura. Destacamos dos textos; el de Calhoun, 1993, y el de Melucci, 1994.

Para la concepción de movimiento/red o movimiento/comunidad ver Della Porta y Rucht, *op. cit.*, 1995.

22. Meyer y Tarrow (1998: 20-24); ver también en esta desmitificación de la institucionalización a Rucht (1999: 53).

de determinadas rutinas tiene garantizado el acceso a la negociación con las instituciones políticas. Tales prácticas ciertamente existen hasta el punto que los movimientos cambian sus tácticas hacia aquellas «aceptadas» porque no perturban el proceso político convencional. Pero es cierto que esos mismos movimientos usan (y no infrecuentemente) opciones de movilización más confrontadas, menos políticamente «correctas».

Debemos, pues, ser prudentes a la hora de establecer estas supuestas desapariciones de los «verdaderos» movimientos. Aunque —y planteamos ahora un hipótesis muy tentativa— cabría plantearse que quizás algunos novísimos movimientos sociales (tipo de cooperación al desarrollo o de apoyo a grupos marginales) exhiben desde su origen ciertos rasgos que les presentan como una especie de tercer género situado entre los grupos de interés público y los movimientos sociales «tradicionales». Son grupos que se distinguen de los de interés en su pretensión de mantener unas ciertas formas alternativas y en una (aunque débil) identidad colectiva; pero que se diferencian de los movimientos sociales tradicionales en que renuncian, parece que por razones estratégicas (y no por contextos coyunturales), a cualquier tipo de movilización conflictiva frente a los poderes a los que dirigen sus demandas. En cualquier caso todavía resulta prematuro afirmar si nos encontramos ante una nueva forma de acción colectiva, o simplemente ante una fase evolutiva (una más) de ciertos movimientos sociales.

V. *Una conclusión inevitable. El reto de la globalización*

Haremos finalmente una brevísima consideración respecto a un asunto también de contenido, que atañe más a lo que son y lo que hacen los movimientos que a las causas de escocer y hacer. Las consecuencias de la globalización.

Deberíamos nuevamente distinguir. Y señalar que por ejemplo, desde la perspectiva de recursos disponibles, los movimientos sociales han ampliado sus capacidad de movilización. Las disponibilidades que les concede, por ejemplo, Internet, incrementan sensiblemente su potencial movilizador. También en esta línea instrumental, la globalización política genera nuevos espacios políticos, y nuevas (y en ocasiones mejores) estructuras de oportunidad política por donde desarrollar sus dinámicas de acción colectiva. Y finalmente los procesos de homogenización cultural propiciados por la globalización informativa unifican las visiones del mundo, hacen más fluida la eventual coordinación de los movimientos.

La globalización crea buenas condiciones para la internacionalización de los movimientos, para la creación de redes transnacionales. Crea condiciones. Pero no parece que por el momento los movimientos sociales hayan decidido usar esa nueva coyuntura. De momento mantienen sus anclajes nacionales. Es más, parece que se está produciendo

una reacción localista en la que pierden peso las organizaciones nacionales de los movimientos y ganan fuerza los grupos locales ²³.

Referencias

- Ajangui, R. 2000. *Política militar y movimientos sociales. El fin de la conscripción en Europa*, Tesis doctoral. Dep. Ciencia Política y del Administración UPV/EHU.
- Almond, G. 1996. «History of the discipline», en R. E. Goodin y H. D. Klingeman, *A new handbook of political science*. Oxford University Press.
- Barcena, I., P. Ibarra y M. Zubiaga. 1998. «Movimientos sociales y democracia en Euskadi: insumisión y ecologismo», en P. Ibarra y B. Tejerina, eds., *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- Blumer, H. 1957. «Collective behaviour», en J. B. Gittler, *Review of Sociology. Analysis of a Decade*. New York: J. Wiley and Sons.
- Calhoun, C. 1993. «New social movements of the early nineteenth century», en *Social Science History*, 17: 3.
- Cassey, J. 1998. *NGOs as political actors. The case of immigration policies in Spain*, Tesis doctoral. Dep. Ciencia Política y de la Administración, UAB.
- Casquette, J. 1998. *Política, cultura y movimientos sociales*. Bilbao: Bakeaz.
- Dalton, R. J., y M. Kucchier, eds. 1992. *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Valencia: Edicions Alfonso el Magnanim.
- Della Porta, D., y D. Rucht, eds. 2000. *The dynamics of environmental campaigns*. London: Routledge (en prensa).
- Della Porta, D., y M. Diani. 1997. *I movimenti sociali*. Roma: La nuova Italia scientifica.
- Della Porta, D., y D. Rucht. 1995. «Left-libertarian movements in context: Comparing Italy and west Germany, 1965-1990», en C. J. Jenkins y B. Klandermans, eds., *The politics of social protest: comparative perspectives on States and social movements*. Minneapolis: University of Minnesota Press, UCL.
- Diani, M. 1992. «Analysing social movements networks», en M. Diani y R. Eyerman, eds., *Studying Collective Action*. Londres: Sage.
- Diani, M. 1996. «Linking mobilization frames and political opportunities: insights from regional populism in Italy», en *American Sociological Review*, 61.
- Eder, K. 1996. *The social construction of nature*. London: Sage.
- Goffman, E. 1974. *Frame analysis*. New York: Harper and Row.
- Gamson, W. A. 1990. *The strategy of social protest*. Belmont: Wadsworth Pub.

23. Sobre globalización y movimientos sociales ver Rucht, 1999; sobre localismo ver Rootes, 1999, y Smyth, 1998.

- Gamson, W. A. 1992. *Talking politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gamson, W. A., y D. S. Meyer. 1999. «Marcos interpretativos de la oportunidad política», en D. McAdam, J. D. McCarthy y M. N. Zald, eds., *Movimientos sociales. Perspectivas comparadas*. Madrid: Itsmo.
- Giugni, M., D. McAdam y Ch. Tilly, eds. 1999. *How social movements matter. Theoretical and comparative studies on consequences of social movements*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gurr, T. R. 1970. *Why man rebel*. Princeton: Princeton University Press.
- Habermas, J. 1987. *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Hunt, S., R. Benford y D. Snow. 1994. «Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos», en E. Laraña y J. Gusfield, eds., *Los nuevos movimientos sociales; de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.
- Ibarra, P. 1995. «Nuevas formas de comportamiento político; los nuevos movimientos sociales», en *Inguruak*, 13.
- Ibarra, P., y F. Letamendía. 1999. «Los movimientos sociales», en M. Caminal (ed.), *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Tecnos.
- Ibarra, P., y B. Tejerina (eds.). 1998. *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- Inglehart, R. 1991. *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid: CIS.
- Jordan, G., y K. A. Schubert. 1992. «A Preliminary ordering of policy networks labels», *European Journal of Political Research*, 21.
- Jordana, J. 1995. «El análisis de los *policy networks* ¿una nueva perspectiva sobre la relación entre políticas públicas y Estado?», *Gestión y Análisis de Políticas Públicas*, 3.
- Kitschelt, H. 1986. «Political opportunities structure and political process, Antinuclear Movements in four Democracies», *British Journal of Political Science*, 16.
- Klandermans, B. 1997. *The social Psychology of protest*. Oxford: Blackwell.
- Klandermans, B., y S. Tarrow. 1988. «Mobilization into social movements: Sinthesizing European and American approaches», en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (eds.), *International Social Movements Research*, 1, *From structure to action*. London: Jai Press.
- Kooiman, J., et al. 1993. «Findings, speculations and recommendations», en J. Kooiman, ed., *Modern Governance; New Government-Society interactions*. Londres: Sage.
- Koopmans, R., y P. Statham. 1999. «Political claims analysis: Integrating protest events and political discourse approach», *Mobilization*, 4 (1).
- Kornhauser, W. 1969. *Aspectos políticos de la sociedad de masas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kriesi, H. P. 1992. «El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa

- Occidental», en J. Benedictoy y F. Reinares, eds., *Las transformaciones de la política*. Madrid: Alianza.
- Kriesi, H. P., R. Koopmans, J. W. Duyvendak y M. Guingi. *New social movements in Western Europe. A Comparative Analysis*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Laraña, E. 1999. *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza.
- Laraña, E., y J. Gusfield, eds. *Los nuevos movimientos sociales; de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.
- Le Bon, G. 1986. *Psicología de las masas*. Madrid: Morata.
- Lofland, J. 1997. «Systematizing research findings on collective behaviour and social movements», *Mobilization*, 2 (1).
- Maiz, R. 1995. «La construcción de las identidades políticas», en *Inguruak*, 13.
- Marx, T. G., y J. L. Wood. 1975. «Strands of theory and research in collective behaviour», *Annual Review of Sociology*, 13.
- McAdam, D. 1988. «Micromobilization contexts and recruitment to activism», en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow, eds., *International Social Movements Research, I, From structure to action*. London: Jai Press.
- McAdam, D. 1998. «Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras», en P. Ibarra y B. Tejerina, eds., *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- McAdam, D., J. McCarthy y M. N. Zald. 1988. «Social movements», en N. J. Smelser, ed. *Handbook of Sociology*. Beverly Hills: Sage.
- McAdam, D., S. Tarrow y Ch. Tilly. 1996. «To map contentious politics», en *Mobilization*, 1.
- McAdam, D., J. D. McCarthy y M. N. Zald, eds. 1999. *Movimientos sociales. Perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- McCarthy, J. D., y M. N. Zald. 1987. *Social movements in an organizational society*. New Brunswick (NJ): Transaction Book.
- Melucci, A. 1988. «Getting involved. Identity and mobilization in social movements», *International Social Movements Research, 1*, Jai Press.
- Melucci, A. 1994. «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en E. Laraña y J. Gusfield, eds., *Los nuevos movimientos sociales; de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.
- Melucci, A. 1996. *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge U. P.
- Meyer, D. S., y S. Tarrow. 1998. «The social movement society: Contentious politics for a new century», en Meyer, D. S., y S. Tarrow, eds., *The social movement society*. Rowman and Littlefield: Lanham, Maryland.
- Neidhart, F., y D. Rucht. 1991. «The analysis of social movements: the state of the art and some perspectives of further research», en D. Rucht, ed., *Research on social*

- movements. The state of the art in western Europe and USA.* Frankfurt-Boulder (Co.): Campus Verlag-Westview Press.
- Neidhart, F., y D. Rucht. 1992. «Towards a movement society? On the possibilities of instituzionalizing social movements», *Comunicacion en the First Conference on Social Movements and Societies in Transition*. Berlin: Wissenschaftszentrum, october 29/november 1.
- Offe, K. 1988. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.
- Pérez Ledesma, M. 1997. «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en R. Cruz y M. Pérez Ledesma, eds., *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid: Alianza.
- Reichmann, J. 1991. *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*. Madrid: Editorial Revolución.
- Rootes, C. 1997. «Shaping collective action: Structure, contingency and knowledge», en R. Edmonson, ed., *The political context of collective action*. London: Routledge/ECPR.
- Rootes, C., ed. *Environmental movements. Local, national and global*. New York: F. Cass.
- Rucht, D. 1992. «Studying the effects of social movements. Conceptualization and Problems», *Paper*, Limerick IRL, ECPR Meeting.
- Rucht, D. 1998. «The structure and culture of collective protest in Germany since 1950», en D. S. Meyer y S. Tarrow, eds., *The social movement society*. Rowman and Littlefield: Lanham, Maryland.
- Rucht, D. 1999. «The transnationalization of social movements: Trends, causes, problems», en D. Della Porta, H. Kriesi y D. Rucht, eds., *Social movements in a globalizing world*. Basingstoke, UK: Mac Millan.
- Smelser, N. J. 1968. «Social, and psychological dimensions of collective behaviour», en N. J. Smelser, *Essays on sociological explanation*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Smyth. 1998. «Nacionalismo globalización y movimientos sociales», en P. Ibarra y B. Tejerina, eds., *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- Snow, D. A., y R. D. Benford. 1992. «Master frames and cycles of protest», en A. D. Morris y C. M. Mueller, *Frontiers in social movement Theory*. New Haven: Yale University.
- Snow, D. A., D. M. Cress, L. Downe y A. W. Jones. 1998. «Disrupting the “quotidian”: Reconceptualizing the relationship between breakdown and the emergence of collective action», *Mobilization*, 3 (1).
- Sztompka, P. 1995. *Sociología del cambio electoral*. Madrid: Alianza.
- Tarrow, S. 1997. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

- Tejerina, B. 1998. «Los movimientos sociales y la acción colectiva: de la producción simbólica al cambio de valores», en P. Ibarra y B. Tejerina, eds., *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- Tilly, Ch. 1978. *From mobilization to revolution*. Reading (MA): Addison-Wesley.
- Touraine, A. 1984. *Le retour del acteur*. Paris: Fayard.
- Turner, R., y L. Killian. 1957. *Collective behaviour*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Van Warden, F. 1992. «Dimensions and types of policy networks», *European Journal of Political Research*, 21.

PEDRO IBARRA GUELL

E-mail: Zipilgup@lg.chu.es

Catedrático de la Universidad del País Vasco, Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación, Departamento de Ciencia Política y de la Administración. Publicaciones recientes: *La participación política* (2000); *Evolution of the ecologist Movement in the Basque Country* (2000); *Inmigración, diferencia, ciudadanía* (2000); *Los movimientos por la solidaridad ¿un nuevo modelo de acción colectiva?* (2000); *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural* (1998); *Los Movimientos Sociales* (1998).